



Escribidor:  
ALFREDO RONDÓN  
(Azángaro, Puno, 1939)



IMAGEN DE INTERNET DESENFOCADA DE HOMBRE  
ENOJADO Y FOTO DEL AUTOR CUANDO NIÑO

## CAMBIO SUSTANCIAL (PARTE II)

Aprovechando un recreo, que normalmente se tomaba en las inmediaciones de la escuela, en las calles adyacentes, con charcos, sin tránsito alguno, o en los “canchones” y patios traseros, de casas sin terminar, o en el campo de fútbol del pueblo, que estaba al mismo lado de la escuela, y en un descuido de los profesores, caminamos rápidamente las casi cuatro cuadras hasta la plaza San Bernardo, donde nos reunimos la mayoría del salón ante las puertas de la inspección provincial de educación, “como un solo hombre”. Allí, fuimos abordados por el Inspector de Educación, quien bajando las gradas del segundo piso parecía imponente y cual emperador que enfrentara las huestes rebeldes, nos miró a cada uno, caminó a paso lento con las manos cruzadas detrás de la espalda e inquirió con voz tronante a qué habíamos venido. Silencio sepulcral. Nadie habló. Mutis total. Asustados todos. Todos no, (como diría Asterix, el héroe galo de los comics de Goscinny y Uderzo, ante la invasión de la Galia por los romanos). Los de mayor edad que habían agitado al salón y tácitamente comprometidos a hablar, Willy, Horacio, Perico, callados; nadie decía nada, ¡qué vergüenza, qué bochorno, qué desazón! Tanto alboroto, tomar riesgos de expulsión de la escuela, ser castigados por nuestros profesores y no decir el motivo por el que estábamos ahí parados ante la autoridad, en son de protesta, equivocados o no. ¡Tráganos tierra!

En ese momento tan crucial para todos los coleguitas de la escuela, en un acto de lucidez, de sensibilidad y de inspiración, Fido, para salvar el honor del grupo, tomó la palabra y decidió hablar a nombre de todos, explicó el motivo de la presencia del grupo y señaló los reclamos que motivaron buscar la intervención de una autoridad superior. Fido en ese momento se sintió como nunca antes. Satisfacción personal, regocijo interno, entereza. Se le notó distinguido, majestuoso, solemne, saliendo de lo ordinario y de lo populachero. El inspector, tomó nota, dijo que hablaría con el Director, que volviéramos a la escuela, y punto. Regresamos a paso lento, descargados de la tensión, libres de la vergüenza y del papelón, a tiempo para reingresar en nuestros salones de clase, con pecho henchido de orgullo, pero silenciosos.

No todo quedó allí, al llegar a nuestras casas al mediodía para almorzar, ya la noticia se había expandido por el pueblo, y en particular a los oídos de mi padre, más aun que nuestra casa y negocio se encontraba justo al frente de la inspección provincial de educación, en la misma plaza, a quien con certeza debió haberle llegado, seguro que en términos de queja de boca del propio inspector, el atrevimiento, la impertinencia, desparpajo y osadía de ese grupo de mozalbetes, liderados por Fido. Mi padre, me reprendió con una severa cuera por faltar a la autoridad escolar y encabezar un grupo de indisciplinados estudiantes. Primer acto revolucionario, primera represión.